



La Lectura Popular

AÑO XIV

Orihuela 15 de Mayo de 1896.

Núm. 306

La feria de las cruces

(REPRODUCIDO.)

Modo el mundo sabe la influencia que el bendito San José ejerce en el reino de los cielos. De ello pueden dar fé todos los pecadores que vuelven sus ojos allá en busca de lo que necesitan, si lo que necesitan lo piden con las cuatro condiciones que se exigen en aquel misterio de Gracia y Justicia para cursar las solicitudes. (1)

Pues, como digo, todos saben la influencia que allá arriba ejerce el santo, y esto ha hecho en muchas ocasiones, y especialmente en el mes de Marzo de cada año, que el pobre Patriarca no haya tenido nunca hartas manos para recoger memoriales y recomendar expedientes.

En uno de estos meses á que nos referimos (día 19 precisamente), serian poco más de las diez de la mañana y el carpintero de Nazareth estaba ya tan asediado de pretensiones, lloros, súplicas y lamentos, que volviéndose á su purísima esposa, que en aquel momento se ocupaba en esmaltar de virtudes la corona de una vírgen, la habló de esta manera:

—¿Sabes, esposa mia, que el ser pariente tan cercano del Rey de los cielos y tierra no deja de tener sus quebraderos de cabeza?

—¿Por qué dices eso, dueño mio?—exclamó la Virgen.

—Hija, porque es demasiado ya lo que se pide y poca la reflexión con que se hace. ¿Te parece si tendré yo cara para solicitar de mi buen Hijo todo lo que hoy pretenden nuestros devotos de la tierra?—Y el santo mostró á la Virgen una montaña de demandas llegadas por el correo de las primeras oraciones, que es el que llega más temprano.

—¡Pobrecillos!—exclamó la Virgen al ver allí acumulados los dolores de tantas

(1) Piedad, confianza, humildad y perseverancia.

almas;—tengamos compasión de ellas, ¡sufren mucho!

Y la tiernísima madre, acordándose sin duda de los dolores que sufrió en la tierra, dejó rodar por sus ojos, bellos como la aurora, una lágrima más pura que el rocío.

—No; si yo conozco que los pecadores pasan muy malos ratos—dijo San José volviendo la cabeza para disimular otra lágrima que quería salir á buscar la de su mujer.—Si yo lo conozco, pero hija, piden imposibles.

—¡Imposibles!—dijo la Virgen—¿acaso hay imposibles para el amor? ¡Pobres hijos míos; tengámosles compasion. Y la Reina del cielo con sus dedos de nácar empezó á desdoblar las solicitudes, muchas de las cuales estaban aun mojadas por el llanto de quien las enviaba. Cuando hubo leído unas cuantas, levantó la cabeza, y mirando á su esposo con una sonrisa capaz de disipar todas las tristezas de la tierra:

—Vaya—exclamó—¿no es más que esto? pues esto no es nada. ¿Qué tiene de particular que los pobrecitos crean que todas las cruces son ligeras en comparación de las suyas? Hay que sacarlos de su error, pero suave y amorosamente. Ellos mismos lo reconocerán, y serán mas felices en adelante conformándose con la voluntad de nuestro Santísimo Hijo. Démosles gusto por esta vez.

—Pero, Señora, ¿habéis meditado lo que significa una concesión semejante? Permitir á los mortales que dejen la cruz que llevan y la cambien por la que más les acomode? Va á ser una confusión extraordinaria.

—¿Que importa, si con ello aliviarnos al que padece y aumentamos sus virtudes, enseñándole la importantísima y santificadora ley de la conformidad? Vamos ahora mismo á ver á nuestro buen Jesús.

Y el santo Matrimonio se dirigió hácia el tró no del Eterno acompañado de una corte de espíritus angélicos.

A los tres minutos, la comitiva estaba de vuelta con la concesión en el bolsillo.

—¡María!—venía diciendo San José—es

preciso que llevemos cuidado al dar la noticia, porque se va á mover mucho ruido.

—No tengas cuidado; se la encargaremos á los ángeles de la guarda—decía la Virgen—y verás como se hace con paz. Entre tanto, tú ves á Pedro para que prepare todo lo necesario.

En efecto, mientras San José fué á hablar con San Pedro, los ángeles recibieron de la Virgen la orden de notificar á los mortales, que sus deseos estaban satisfechos, y se dirigieron á la tierra como una bandada de palomas á desempeñar su cometido.

La alegría que aquel día tuvieron todos los devotísimos ilusos que sueñan con enmendar la plana á la Providencia en materia de distribuir cruces y trabajos, no tuvo límites.

—Mirad que os engañais—decían los ángeles;—mirad que es una ilusión, creéd que las cruces ajenas son más llevaderas que las propias. ¿No comprendéis que son medicinas, y las medicinas nunca conviene trocarlas?

—Vaya—contestaban saltando de gozo, —ya procuraremos nosotros andar listos en la elección—¡Digo! yo que no he tenido un real en mi vida—saltaba un pobre —¿no voy á encontrar cosa mejor que mi pobreza?

—Pues ¿y yo que llevo veinte años de gota y reumas?—contestaba un rico.—Cambio con el primero que encuentre.

—Vaya, usted al fin tiene paz—saltaba un hombre sanote á quien no le dolía más que una suegra con muy mal genio que le había dado Dios;—quien no tiene suegra, no sabe lo que es cruz.

—Se equivoca usted, caballero; donde hay cruz y de Caravaca es en tener un yerno perdido.....—dijo una señora lívida de coraje dándose por aludida.

—Calma, señores,—exclamó San Pedro, que desde un agujerito observaba lo que ocurría.

Todos quedarán contentos; vayan ustedes subiendo, que ya está todo preparado.

En efecto, allá en la cima del universo

y casi á las mismas puertas del Paraiso, el santo pescador, en virtud de las órdenes recibidas, había preparado todo lo necesario para una verdadera exposición universal. Y no podía dudarse de que aquella iba á serlo de veras, porque desde el momento en que había corrido la voz de que los mortales podían cambiar sus penas por otras, la falta de conformidad con la voluntad de Dios, que es el veneno de la dicha humana, había producido todo su efecto, y el mundo entero, convertido en una cuadrilla de gitanos, caminaba en dirección de los cielos con la esperanza de hacer un buen negocio.

Allí era de ver á los ricos cargados con sus sinsabores; á los pobres con sus estrecheces; á los sábios con sus enfermedades; á los tontos con sus afanes.

Allí era de ver como todos ellos, después de pasar por delante de San Pedro, que los miraba sonriendo como persona que está en el secreto, iban echando sus cruces en un gran monton para tener luego derecho de entrar en la subasta.

Algunas horas después, los depósitos estaban hechos y la subasta daba principio.

Un silencio sepulcral reinó por todas partes.

San Pedro subido sobre un estrado, levantó la mano derecha, y anunció la primera cruz.

—¡Diez millones de reales!!—dijo dando una gran voz.—Diez millones con...

No le dejaron concluir.

—¡Vengan, vengan, vengan, vengan!—gritaron por todas partes.

Pero, señores, que aun no he nombrado la cruz: que hasta ahora no he hecho mas que enseñar la peana.

—Diez millones de reales con...una tisis pulmonal.

Los postores se quedaron como de piedra.

—Vamos, señores—dijo el Santo sonriéndose—¿no hay nadie que quiera los diez millones? ¿Tantos envidiosos como ha tenido antes el propietario de esta cruz, y ahora no hay nadie que cambie con él?

La gente siguió callando, y San Pedro tuvo que echar la cruz al monton para tomar otra.

A los pocos instantes volvió á levantar la mano y puso á los ojos del público una cosa que brillaba mucho.

—Una corona de emperador con un gran imperio y sesenta y seis millones de subditos.

La gente volvió á removerse, y ya iban á abrirse todas las bocas, cuando, dominando el movimiento, advirtió el Santo que aquel Imperio era el de Rusia, y que él que cargase con él no podría en ade-

lante comer, ni beber, ni dormir, ni salir, ni entrar, ni viajar, ni moverse, ni aun si quiera abrir una carta ó encender un fósforo, sin prevenir antes un escuadrón de cosacos para defenderse de los nihilistas.

—¡Pues vaya una corona! ¡Ni que fuese de espinas!—saltó un aprendiz de panadero que quería cambiar la de trapos que le servía para llevar las tablas por otra que tuviese más gajes.

—¿De manera que no te conviene?

—No, señor, porque de seguro pesa más que la mia con panes y todo.

—Pues al montón, y vaya otra.

—Una presidencia del Consejo de ministros.

Aquí el escándalo fué muy grande; por que desde que nos hemos aficionado tanto á la *santa* libertad, ya no pensamos sino en mandar en todo el mundo.

—Venga la cartera.

—No, que es para mí.

—La he pedido yo antes.

—Señores, por Dios, que aun no saben ustedes lo que es ser ministro.

—No es menester, venga—gritaron cien voces.

—No, señor, á mí, á mí.

San Pedro, viéndose apurado y que nadie le escuchaba, echó mano del ministro que había soltado la cruz, le abrió el corazón y le mostró por dentro.

La gente dió un espantón al verlo tan negro, y la cartera se quedó sin postor.

San Pedro volvió á buscar entre las baratijas, y sacó á relucir *una gloria europea*.

El vulgo vió de cerca tambien lo que era ser *una gloria europea*, y dejó la gloria en el baratillo.

De esta manera fueron presentándose al publico todas las mas altas posiciones, los más brillantes empleos, las grandes riquezas, los grandes honores, todas las cosas que más se envidian en el mundo, y al ver las cruces que las acompañaban, las dejaban estar.

Al fin, San Pedro, cansado de sacar en vano á subasta todas las ilusiones de la tierra:

—¡Ea, señores!—dijo—para acabar de quitar dudas y terminar pronto, escójense ustedes mismos las cruces que más les gusten, y á quien Dios se la dé, no faltará quien se la bendiga.

Cuando el público oyó esto, aun recobró la esperanza, y se precipitó sobre los escaparates; pero á la media hora de trabajo inútil, en todas las caras se pintó el desaliento.

Los pobres que habían buscado oro lo hallaban, pero unido á una carga más pesada que la de la pobreza.

Los que habían buscado salud, la ha-

bían hallado, pero unida á trabajos más duros que los de la enfermedad.

Los que deseaban independenciam, la tropezaban mezclada con grandes cuidados.

Los que tranquilidad y holganza, tenían que adquirirla á costa de pobreza y olvido.

Los que pedían hijos, los recibían juntos con mil penas.

Los que querían soledad, la veían sembrada de tedios: en una palabra, que á nadie, dada la necesidad de llevar cruz, le había sido posible hallar una más á propósito que la que le puso Dios sobre los hombros.

Entonces, bajando las cabecitas los pobres mortales, empezaron á descender Paraiso abajo con las lágrimas en los ojos.

—¡Mira como lloran!—decía la Virgen á su esposo, contemplándolos desde allá arriba con pena en el corazón.—¡Pobres hijos míos! ¡Cuanto les cuesta aprender el secreto de la vida! Consolémoslos, ya que mientras peregrinan sobre la tierra no podemos hacer otra cosa. Y haciendo una señal con la mano, oyóse en seguida un coro de voces dulcísimas que cantó de esta manera:

Hijos de Eva que el mundo cruzáis
De las penas sufriendo el rigor,
Esas cruces que á costas lleváis
En el hombro las puso el Amor.
Ellas son el remedio á los males
Que el pecado dejó en cada cual;
Como no hay dos dolencias iguales,
Nadie debe su cruz cambiar.

Aseguran las personas bien enteradas, que desde aquel día, los verdaderos devotos de San José ya no han pensado más en cambiar sus cruces, y solo han pedido como Jesús en el Huerto:

Señor, si es posible, pase de mí este caliz, pero hágase tu voluntad y no la mia.

ADOLFO CLAVARANA.

EL TRABAJO

Si quieres ser feliz, trabaja.

Esto dijo un sábio, y en verdad que supo lo que se dijo; pues no hay duda que el trabajo es el gran remedio de nuestros males y la gran fuente de nuestros bienes.

Sin embargo, no falta quien clama contra él, considerándole como la mayor de las calamidades humanas.

No es floja calamidad quien tal opina.

Cierto que Dios condenó al hombre á ganar el pan con el sudor de su rostro, y que este fué un castigo impuesto á su primera rebeldía; pero tambien es cierto que en ese mismo castigo puso el remedio á las miserias que trajo aquella falta.

Como es tan sabio, supo juntar el dolor de la penitencia con la medicina de la enfermedad, y de este modo, sin dejar de cumplir como juez, obró como médico y como padre.

Para probar esta verdad de doctrina cristiana, no hay sino imaginarse por un momento lo que sería el mundo si de repente nos convirtiésemos todos en ricos y cesasen todas nuestras necesidades.

El primer día, la tierra parecería un hambre de vagos.

El segundo, una jaula de fieras.

El tercero, una casa de locos.

Nuestras miserias (que son muchas) empezarían tomando por asalto nuestro corazón, y acabarían trastornándonos la cabeza.

Y eso consiste en que el trabajo, como ya hemos dicho, no es un mal sino un remedio, sin el cual no podríamos pasar la vida sanos de alma y cuerpo.

Sin embargo, el socialismo libre pensador, ha tratado de oscurecer estas verdades.

El trabajo, dice, es una servidumbre enjendrada por las injusticias sociales; es una esclavitud de la que el hombre debe poco á poco emanciparse. El mundo del porvenir debe ser un mundo en que todo lo haga la máquina: un paraíso, una especie de Jauja, en que todos iguales y todos ricos, pasemos la vida tocando la pandereta.

Es hasta donde pueden llegar los sueños de un loco, del loco pensamiento libre, que desde que lo es, necesita una camisa de fuerza.

Y véanse las consecuencias de su locura.

Desde que el naturalismo moderno negó la otra vida, perdida para el hombre la fé y la esperanza, ha concentrado sobre la tierra toda las aspiraciones de su corazón, y como es natural, al encontrarse frente á frente con el trabajo, se ha hecho esta cuenta.

«Yo he nacido para morir pronto, y después de la muerte dicen que no hay nada; luego mientras viva, lo que no disfrute me pierdo.

«Pero es el caso, que el trabajo me esclaviza y me impide gozar, luego debo emanciparme del trabajo.

«Para conseguirlo necesito dinero: luego debo hacerme rico á toda costa, liquidando para ello, si es menester, hasta los huesos de los que poseen el oro que ambiciono.»

Este es, en limpio, el razonamiento socialista-igualitario.

Mas yo pregunto á sus defensores: Si vuestra deseada liquidación fuese posible ¿dejaríamos por eso de trabajar? No, por-

que á los quince días de ser todos ricos, todos seríamos pobres otra vez. Consumidos los frutos existentes en los campos y en las fábricas, tendríamos que volver al arado y al telar, ó iríamos en cueros y nos moriríamos de hambre.

Es decir, que poco á poco irían formándose otra vez las mismas clases que antes, y nos encontraríamos en la sociedad con los mismos labradores, fabricantes, jornaleros, abogados, médicos, etc., esto es, las mismas desigualdades y el mismo trabajo.

¿No es esto prueba de que el trabajo es ley divina y no invención humana?

Mírese así la cosa y se verá que distintos resultados ofrece.

Véase cómo discurre el hombre que tiene fe.

«Yo nací para ir á Dios, dice, y mi vida sobre la tierra es una peregrinación y una prueba. Por penitencia y remedio de aquel pecado que nos arruinó, Dios me mandó ganar el pan con el sudor de mi frente. Debo pues trabajar, no solo por necesidad, sino por conveniencia y por deber. No soy el esclavo que obedece al látigo; soy el hijo que obedece al padre. Mi obra, pues, no será forzada, sino libre y voluntaria.»

¿Quien duda que en el orden del trabajo, este es el progreso?

Pues hay quien lo duda

Lo duda el pensamiento libre, mejor dicho, el pensamiento loco. Solo así se comprende que combata estas doctrinas, y que queriendo, según dice, mejorar la sociedad, prostituya el trabajo empujándonos al salvajismo.

En efecto, á medida que ciertos errores han cundido, el obrero descreído se ha ido convirtiendo en una especie de bestia que solo trabaja por comer ó por gozar, soñando siempre con tirar la carga.

Estúdiese sinó al obrero socialista de Paris, educado en las nuevas doctrinas; á ese obrero que ávido de goces consume en la taberna el alimento de sus hijos, y se verá si tenemos razón.

Mas dirá alguno: Observad que el rico que no quiere no trabaja; luego no es verdad vuestra doctrina.

Sí que lo es; porque si el rico que no quiere no trabaja, en cambio el rico que no trabaja no es feliz.

Historia al canto. La ley no sé donde, y vine de molde.

Un individuo, trabajando, trabajando, se hizo rico; pero en cuanto se hizo rico, gritó; ¡Viva la dicha! Ya tengo dinero: ya no trabajo más; y dejó sus negocios, y se entregó á lo que llaman buena vida.

La buena vida consistía en comer y

beber en grandola, y hacer tambien en grandola otras muchas cosas de esas que aunque cuestan muy baratas, siempre salen muy caras.

Como era de esperar, al poco tiempo estaba ya no solo arruinado, sino enfermizo, hipocondríaco y desesperado. La holganza y las comilonas le habían ido aumentando la grasa y disminuyendo el bolsillo de tal modo, que su vida era muy triste. Tanto lo era, que un día se levantó lo vió todo negro y decidió con la mayor sencillez saltarse la tapa de los sesos.

Pero le ocurrió un capricho raro, el de labrarse el mismo una sepultura decente para que no echasen en un mal hoyo sus reverendísimos y estimadísimos huesos.

Como no tenía ya un cuarto, el empobrecido millonario tuvo otra vez que agachar los lomos y trabajar al sol y al sereno mucho tiempo para llevar acabo su obra.

Mas ¡oh prodigio! notó que conforme esta adelantaba y el sepulcro iba dé remate, renacían su salud y su alegría y le iban quedando pocas ganas de morir.

En fin, cuando la obra acabó, resultó que tambien se había acabado su locura, que no era sino el producto de su ociosidad.

Entonces comprendiendo nuestro hombre todo lo necio que había sido al dejar el trabajo, fuente de su salud y bien estar, volvió á el con más ardor que nunca y luchó con brio hasta que recobró hacienda honra y virtud.

Esta historia que podrá ser un cuento, pero que es el cuento de cada día, prueba, como ya hemos dicho, que el trabajo no se hizo solo para hacerse rico, sino para hacerse bueno.

No se hizo solo para gozar la tierra, sino para ganar el cielo.

Traslado á los que no ven en los reales de su jornal sino el precio del pan, de la carne ó del vino.

ADOLFO CLAVARANA

VARIEDADES

PENSAMIENTOS

La fé, la oración, el deber, el combate y el órden, son cinco cosas que constituyen el cristiano.

Ravignan.

Consejo.

Estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

Cervantes

Meteorología liberal.

Hemos hablado en varias ocasiones de la política liberal, de la administración liberal, y aun de la *religión* liberal, pero de la ciencia liberal no habíamos hablado.

Ocasión como esta, ni pintada.

El célebre Noherlesoom emprendió hace algunos años una serie de estudios meteorológicos, que le han conquistado universal renombre. Bastábale para ello el anuncio del ciclón que arrancó los árboles del botánico y el vaticinio de la tempestad que hundió en el mar al *Reyna Regente*, gracias al desprecio con que la ciencia liberal se reía de sus pronósticos, cuando la predicción cumplida de las últimas lluvias ha venido á coronar su fama.

¿Verdad que un hombre que así honra á su patria debía ser respetado y protegido por los amigos de la *ilustración* y del *progreso*?

¿Verdad, que era lógico le hubiesen reservado un puesto en el Instituto meteorológico central ó dispensado protección en su útil y gloriosa empresa?

Pues, en efecto; Noherlesoom en un artículo que rebosa justísima indignación, cuenta á los lectores de su boletín, que no solo no se le ha hecho caso jamás en ningún centro oficial, sino que ni aun se ha tomado una sola suscripción á su periódico.

Pero es lo que yo digo; ¿para qué necesitaban los liberales á Noherlesoom?

Ahí está el observatorio Astronómico de Madrid, que si bien es verdad que no sabe cuando va á llover, á pesar de los *sesenta mil* duros que el gobierno le concedió hace algunos meses para *ampliar* su material científico, en cambio sabe perfectamente el día que ha de cobrar la nómina.

Ahí está el Instituto Central Meteorológico, que si, es cierto también que no ha podido predecir las últimas variaciones atmosféricas, en cambio ha gastado *veinte mil* duros en su instalación, y cobra *siete mil* anuales para la nómina de sus empleados.

¡Ah! la ciencia liberal, la meteorología liberal!

¿Se atreverá alguno á decir que no es verdadera *mete-oro-logía*?

Pues ¡apenas mete-oro!

Es decir, ¡apenas nos lo saca para meterse en el bolsillo!

Diestrísimos liberales:

Hasta la ciencia del viento
Convertis en instrumento
Para sacar los quijales.

Y vuestra listeza es tal,
Que hasta del sol haceis oro.
En todo hallais un tesoro,
La piedra filosofal.

La muerte de un soldado.

Ha muerto en Játiva á donde fué á dar unos ejercicios espirituales el P. Lasquibar de la compañía de Jesús.

La vida y la muerte de este hombre de claro talento, de palabra elocuentísima, de figura arrogante y simpática, de sobrada

instrucción científica y literaria para haber ocupado los más elevados puestos de la política, de las letras, ó de los negocios; y que solo se empleó en defender la verdad, enseñarla al pueblo y entregarle su existencia agotado por sus trabajos apostólicos, es un argumento más que prueba lo que es la religión católica y lo que es esa santa compañía de Jesús tan odiada y calumniada de tirios y troyanos.

Conocimos y tratamos familiarmente al P. Lasquibar y aun nos parece estarle viendo. Un sombrero viejo, un manteo idem, unos zapatos mas ó menos desvencijados y un reloj de cochero, constituían su trage. Su equipo el breviario y una maletilla con algunos papeles; su alimento, lo que le daban donde iba á sembrar las galas de su ingenio juntamente con las semillas de la verdad.

En cambio el que con tan poco se contentaba, daba hasta la vida por enseñar ó socorrer á sus semejantes.

En el cólera del 85, Valencia le vió alentando el espíritu público, auxiliando á los moribundos cubierto muchas veces con el contagioso vómito de los enfermos. En otras ocasiones, nos consta que se jugó la existencia estando á punto de ser asesinado por no cejar en su celo de decir la verdad.

Compárese ahora la existencia de estos *ambiciosos* jesuitas, con la de los desinteresados apóstoles que hoy salvan la patria desde las alturas del presupuesto y sáquense consecuencias.

Descanse en paz el P. Lasquibar.

Contraste.

Un despacho de Londres anuncia la muerte del coronel North, el famoso rey de los guanos.

N. North era uno de los más hábiles chupa cuartos del Reino Unido. Hallándose casualmente en el Perú cuando la guerra con Chile, aprovechó la considerable baja de los valores peruanos, para comprar gran cantidad de bonos de terrenos amitados por el gobierno, con objeto de hacerse de dinero á toda costa.

Los terrenos adquiridos mediante estos bonos, contenían importantes yacimientos de nitrato, que el coronel North supo explotar con actividad. Después, para aumentar el valor de estos yacimientos, compró con las primeras utilidades las acciones, entonces en baja, del ferrocarril que pasaba por la región donde se hallaban los principales yacimientos.

Dueño del suelo y de la vía férrea, para explotar esta riqueza, creó diversas sociedades, de las cuales, como es natural era presidente.

De este modo, con algunos miles de pesetas llegó á hacer una fortuna que, el año último, pasaba de 200 millones de pesetas. La actividad (lease avaricia) de este hombre se extendía por todas partes: tenía fábricas de cerveza en Saint-Etienne y de cemento en Bruselas; era concesionario de tranvías

en Egipto, propietario, etc, etc en fin era una sanguijuela universal.

Pero no era Jesuita.

Por eso el mundo moderno entona ditirambos en su honor, mientras desprecia ó maldice á los *loyolas* (que diría D. Emilio.

Rectificación.

En el artículo titulado *Achicar ó morir* publicado el número anterior, por distracción involuntaria estampamos el nombre de Lot por el de Abrahan. Hacemos constar esta rectificación.

BIBLIOGRAFIA

Otra obra de Oje a.

El tan celoso como diligente Presbítero señor D. Santiago Ojea, confesor dignísimo del Segundo Monasterio de la Visitación de Madrid, en su grande amor por la causa de la verdad y la propaganda católica, acaba de dar al público, estampada, otra obra, cuyo título es como sigue: *Maravillas Divinas, d'claradas al mundo por la Iglesia católica, ó sea Exposición del Símbolo Apostólico, parte primera de las verdades católicas, obra didáctica fundamental, adaptada á las necesidades de los tiempos presentes y siguiendo las prescripciones del Papa León XIII, por D. Santiago Ojea y Márquez, Presbítero, con licencia de la Autoridad eclesiástica.—Madrid, 1896.*

Con decir que el R. P. Ojea es el autor de la obra que ha poco tuvimos el gusto de anunciar estensamente titulada LA VIDA FELIZ, los que hayan leído esta obra ya no necesitan saber más. Para los que no conozcan los trabajos del P. Ojea nos parece lo mejor copiar á continuación el índice de uno solo de los 93 capítulos de que consta la obra:

CAPÍTULO XCV.

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

1. Simil de la resurrección.—2. Dos muertes y dos resurrecciones.—Párrafo I.—*Certeza y motivos de la resurrección.*—3. El dogma de la resurrección de la carne.—4. Testimonios en que se funda.—5. La fe lo afirma.—6. La tradición lo enseña.—7. La razón lo persuade.—8. Figuras de la resurrección.—9. Ejemplos de resurrecciones prodigiosas.—Párrafo II.—*Dónde cuándo y cómo hemos de resucitar.*—10. Fin del mundo tal como hoy existe.—11. No es decir que el mundo sea aniquilado.—12. Causas de tan espantosa catástrofe.—13. Dónde hemos de resucitar.—14. En qué época.—15. Cómo resucitaremos.—16. Transformación de los cuerpos.—17. Dotes de los cuerpos gloriosos.—18. Los cuerpos de los réprobos.—19. Resumen.

Véndese en la Administración de La Semana Católica de Madrid.—Bolsa 10—Principal.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

| | |
|-----------------------|----------------------|
| Una acción | 4 pesetas mensuales. |
| Media id. | 2 " " |
| Un cuarto id. | 1 " " |
| Un octavo id. | 0'50 " " |

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo parz la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.